

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotos valles, temblando, va a extinguirse...

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
a algún pálido rostro que, llorando, se inclina
a cerrar unos ojos que jamás han de abrirse!

VELADAS DE AMOR

(1901-1903)

VAGUEDAD DE OTOÑO

Hoy quiero que los versos que cantan tus amores
tengan la vaga música monótona y doliente
de la lluvia que cae melancólicamente,
deshojando en el viejo jardín las mustias flores.

Te diré frases tenues igual que esas neblinas
que le dan al paisaje la humedad de su aliento,
y entre las pesadumbres del cielo ceniciento
mis sueños tendrán fugas de raudas golondrinas.

La fiebre de mis ojos; las manos afiladas
y exangües; las mejillas pálidas, demacradas;
esta tos cavernosa que mi labio ensangrienta;

el otoñal crepúsculo, melancólico, inerte,
y esa vieja campana que dobla sonnolenta,
mejor que yo han de hablarte del Amor y la Muerte!

VELADAS DE SUAVIDAD
Y DE TRISTEZA

HORAS GRISES

Horas grises... ¡Oh manos
pálidas de las tísicas,
manos idealizadas,
manos de sensitivas,
que en estas horas lentas,
sin sol y sin caricias,
sobre algún seno inmóvil
os cruzáis ateridas!

Horas grises... ¡Oh enfermas
y apagadas pupilas,

que a través de los vidrios
de los asilos, miran
con pavor a la sombra
que tenue se desliza
por los balcones, como
la Muerte por la Vida...!

Horas grises... Sangrientas
horas de los suicidas,
del amor y del crimen
y de las agonías...!

Horas grises... ¡Oh amada,
mi pobre amada tísica,
esas serán tus horas,
porque esas son las mías!

¡PIETA, SIGNOR!

A FRANCESCO ROCCHI

¡Pietà, signor!, la música
solloza.

¡Pietà, signor!, murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

Es el grito del náufrago
que hundido entre las olas
su mano alza, buscando
la tabla salvadora...

Es el grito de un alma
 que gime temerosa
 viéndose en el silencio
 amenazada y sola...
 ¡Amada! Sé tú siempre
 bondad, misericordia...!

¡Arrodillada reza
 por todos los que lloran,
 por todos los que sufren,
 por esas almas solas
 que perseguidas buscan
 un refugio en tu sombra!
 Ten siempre para ellas
 la sonrisa en la boca...

Jamás la tierra verde
 vuelva a tornarse roja...
 El mundo entero sea
 una familia sola!

¡Pietá, signor! —murmura
 una voz angustiada
 que arrodillada, al cielo
 misericordia implora.

PAGINA BLANCA

A AUGUSTO GIL

Nieva...

La nevada
se detiene lenta
sobre los tejados
humeantes...

Nieva.

A través del velo
que en el aire tiembla,
de espuma y de encaje
son las arboledas;
y los copos trémulos
al caer, semejan

lluvia de azares,
mariposas muertas...
Las voces se apagan...
Tienen la incoherencia
de palabras dichas
entre sueños...

Ciega

el paisaje...

El alma
de blancura enferma,
se duerme en su sueño
de eterna pureza...

¡Oh, cándidas frentes
de azahar cubiertas...!

La tarde agoniza...
¡Parece la tierra
— bajo la nevada —
una novia muerta!

RIMAS DE AMOR

I

Turbia de sombra el agua del remanso
reflejó nuestras trémulas imágenes
extáticas de amor, bajo el crepúsculo,
en la enferma esmeralda del paisaje...

Era el frágil olvido de las flores
en el azul silencio de la tarde,
un desfile de inquietas golondrinas
sobre pálidos cielos otoñales...

En un beso muy largo y muy profundo
 nos bebimos las lágrimas del aire,
 y fueron nuestras vidas como un sueño
 y los minutos como eternidades...

Y al despertar del éxtasis, había
 una paz funeraria en el paisaje,
 estertores de fiebre en nuestras manos
 y en nuestras bocas un sabor de sangre.

Y en el remanso turbio de tristeza
 flotaba la dulzura de la tarde,
 enredada y sangrante entre los juncos,
 con la inconciencia inmóvil de un cadáver.

II

Brindándome el tesoro de tu risa
 arde tu boca roja entre las flores,
 y es más intenso que el de los jazmines
 el fresco aroma de tu carne joven.

Florece en la frialdad de tus mejillas
 toda una primavera de rubores...

La insinuación madura de tu seno
 las blancas gasas del corpiño rompe,

y brindan en el pico sus palomas
los rojos frutos del eterno goce...

Bajas los ojos al mirar los nidos,
tiemblan tus manos al tocar las flores...

III

Eres como un remanso en cuyos claros
cristales transparentes se refleja,
bajo la paz celeste de los cielos,
la verde ensoñación de la floresta.

Como un niño me postro ante tus plantas,
reclino en tu regazo la cabeza,
y mientras siento palpitar tu pecho
y con mis rizos tus caricias juegan,
cierro los ojos y lo olvido todo...

¡Oh, amor de mis ensueños, quién pudiera
ser como una naranja entre los dientes
de tu boca sedienta!

Abandonar la vida entre tus manos
como un pequeño ramo de azucenas,
para que al deshojarse perfumara
la noche de tu oscura cabellera!

IV

Insaciables los labios absorbían
el alma en el perfume de tu aliento...

Un suspiro apagado
en la sonora eternidad de un beso,
un olvido absoluto de la tierra
y un fugitivo éxtasis del cielo...!

No supe cómo fué... Sólo que había
bajo nosotros un olor a heno;

un ruiseñor cantaba, las estrellas
temblaban en la plata de los cielos,
y la luna fugaz resplandecía
en el abismo de tus ojos negros!

ANUNCIACIÓN

Nuestro hogar es un sueño. La lámpara ilumina
tenuemente la alcoba. La larga noche empieza.
Yo leo a D'Annunzio, y ella, arrodillada, reza
delante de una arcaica Madona bizantina.

Una azucena mustia en un gomil de China
inclina, deshojándose, su mística belleza,
y en el tic-tac del péndulo palpita con tristeza
el corazón del tiempo que sin cesar camina.

Me interroga, de pronto, con voz baja y doliente...
 La levanto temblando y la beso en la frente...
 Me estrecha entre sus brazos en locas convulsiones,

y un nombre dulce y santo—toda rubor—exhala...
 Fué entonces cuando, tímido, bajo el candor del ala,
 habló a su oído el Arcángel de las Anunciaciones!

EL POEMA DE LA CARNE

I

Tú serás la Sulammita
 y yo seré Solomón...
 Mi sed de amor infinita
 saciaré en tu corazón.

De la aurora a los fulgores
 a buscarte al huerto iré,
 persiguiendo entre las flores
 las señales de tu pie.

Un olor a Primavera
entibia el aire. Te espera
temblando mi corazón...

Es la hora de la cita...
¿Por qué niegas, Sulammita,
tus besos a Salomón?

II

Cuando me dices: —¡Soy tuya!—
Tu voz es miel y es aroma;
es igual que una paloma
torcaz que a su macho arrulla.

Sobre mi mano dormida
de tu nuca siento el peso,
mientras te sorbo, en un beso,
todo el fuego de la vida.

Cuando ciega, y suspirante,
tu cuerpo recorre una
convulsión agonizante,

adquiere tu faz inerte
bajo el blancor de la luna
la palidez de la Muerte!

III

Nuestra cámara envenena
un perfume sensual
de nardo y carne morena...
La lámpara de cristal

el último soplo espera;
y junto al blanco ajimez,
sobre una piel de pantera,
florece tu desnudez.

Sediento de besos veo
temblar tus carnes morenas;
y la fiebre del Deseo

esculpe, como a cincel,
el relieve de tus venas
sobre el bronce de tu piel!

EL ALTO
DE LOS BOHEMIOS
(1899-1900)